

Identidad de género y nación

Bernardo Subercaseaux

Universidad de Chile

1 La imagen de nación más que un dato inmediato es una elaboración simbólica que se constituye en torno a una interpretación (o a una vivencia) del sentido de la historia de cada país. Desde esta perspectiva, Chile, como toda nación, ha sido en gran medida una construcción a la vez "intelectual", "emocional" e historiográfica. El concepto (y la vivencia) de nación es entonces el resultado tanto de componentes racionales (ideas, elaboración intelectual de un sentido de la historia, apropiación de modelos, nexos y hegemonías socio-políticas) como de determinantes no racionales de la vida social (el sentido de pertenencia, de comunidad, el imaginario colectivo, el inconsciente y la cultura común).

Históricamente la construcción intelectual de la nación ha sido particularmente activa en las etapas que acompañan a los grandes cambios. Por ejemplo, a comienzos del siglo XIX, a raíz de la Independencia, se genera un largo proceso de elaboración de la nación, un proceso que revistió un carácter fundacional y cuyo agente básico fue la élite ilustrada liberal. Hemos estudiado en detalle este proceso en *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura* (1982).

En dicho estudio, a través del análisis de la obra de un patriarca del liberalismo, constatamos que la conciencia liberal chilena es abstractamente nacionalista, puesto que en su intento fundacional se define casi en la pura oposición a lo español y al pasado colonial, encontrándose además en la paradoja de tener que fundar una cultura propia a partir de elementos ajenos. De ello se desprende que "lo chileno", para un pensador como Lastarria, nace como valor o como idea antes de tener una existencia real. Dentro de esta vocación ideologista las ideas tienden a transformarse en esquemas absolutos con respuestas para todas las inquietudes, y los idearios cristalizados pasan a ocupar el lugar que deberían ocupar los procesos de elaboración de ideas o de creación de símbolos. La construcción intelectual de la nación que se hace desde este tipo de conciencia liberal, y el modo en que ella incidió en los más diversos ámbitos (literario, jurídico, historiográfico y político) constituye uno de los aspectos centrales del libro antes mencionado.

Un segundo momento de grandes cambios en Chile y Latinoamérica fue el período de fines de siglo (1880-1900). La vinculación estructural al mercado capitalista mundial, un nuevo escenario social y político con presencia creciente de sectores medios y populares y un acelerado proceso de modernización, son fenómenos que desencadenan una serie

de tensiones y desafíos que se prolongan —en una dialéctica de acumulación y catarsis— hasta el mismo día de hoy. Corresponde también a un período pleno de apropiaciones intelectuales y culturales (positivismo y evolucionismo, naturalismo, modernismo y corrientes parnasianas); y en el ámbito de lo cotidiano: todo un bagaje de actitudes vitales, de modas y de sensibilidades vinculadas al afrancesamiento y a la belle époque criolla. En nuestro libro *Fin de siglo: la época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile* (1989) hemos estudiado en detalle estas transformaciones, su impacto en el campo cultural y en la imagen de nación.

2 Alrededor de 1900 se generalizó la idea de que el país estaba en crisis. Chile dejó de ser un programa o una causa y se convirtió en un problema. La sensación generalizada de crisis y la presencia política de nuevas capas sociales se tradujo en intentos por readequar la imagen liberal de nación. Algunos buscando perfilar una nueva identidad, dando cabida a las capas medias y populares, o al componente étnico o al mestizaje. Otros auspiciando el remplazo de la tradición francesa por la anglosajona, o de la educación humanista y liberal por una de énfasis técnico-mercantil. Desde comienzos de siglo y hasta alrededor de 1920 asistimos, entonces, a un nuevo y activo proceso de construcción intelectual y simbólica de la nación, con propuestas que desde distintos ángulos aspiran a la regeneración del país, pero también con vivencias que se expresan en el discurso y que de modo implícito o explícito van articulando una nueva imagen de nación.

El trabajo que vamos a compartir forma parte de la investigación de este proceso y aspira a continuar los dos libros anteriores vinculados al tema, convirtiéndose así en un tercer volumen de una historia intelectual y cultural del país. Forma parte, en esta perspectiva, de un proyecto más vasto: de una historia semimonográfica de la cultura chilena, que escoge para cada período un tema y un ángulo determinado, y que encuentra o despliega en ese eje el proceso de las ideas y de la cultura en el país.

Nuestra tesis es, en este caso, que el nacionalismo es la fuerza cultural dominante del período y que es en ese espacio donde se articula, vivencia o instala la elaboración simbólica e intelectual del país.

Como las investigaciones anteriores, el libro en que estamos trabajando —y al que pertenece el texto que vamos a leer— tiene un carácter transdisciplinario, ya que los intereses intelectuales y conocimientos que lo animan provienen de varias disciplinas: de la historia de las ideas, de la sociología de la cultura, de los estudios literarios y de la historia social.

3 Nos proponemos en estas páginas aproximarnos al mapa mental prevaleciente en las primeras décadas del siglo. Para ello haremos una incisión en el discurso de intelectuales y creadores, mostrando el modo en que este discurso interpela subrepticamente la identidad de la nación para conferirle otra. Operación que en este caso conlleva —como veremos— un cambio de género.

Intelectuales y creadores han sido históricamente uno de los segmentos más activos en la mediación o proyección de un imaginario colectivo, también como conciencia nacional precursora, anunciadora e incluso provocadora de cambios históricos. Por ello recurri-

mos a un *corpus* variado de textos de estos agentes, textos que circularon en Chile entre 1900 y 1920. Un *corpus* compuesto por ensayos sociales e históricos, críticas o reseñas literarias, crónicas periodísticas, novelas y obras de teatro. Se trata de textos que tienen un rasgo común: todos explícita o metafóricamente tematizan algún aspecto cultural, histórico o social del país, a partir de la identidad de género, es decir inscribiéndolo en las categorías de lo masculino o lo femenino.

4 Citemos en primer lugar un conjunto de textos de valoración literaria e intelectual. En 1915, un crítico de periódico, con el seudónimo de Bedel (“Psicoanálisis a M. Latorre”), a propósito de un libro de cuentos de Mariano Latorre, lo alaba porque para escribir sus cuentos se “documenta como un hombre de ciencia, como un geólogo”. Luego lo contrapone al escritor subjetivo, al escritor confesional que abre su intimidad o relata sus pasiones: el esfuerzo documental y objetivo de Latorre corresponde, dice, “a una literatura viril, de varón”.

Abundan en la época las críticas a la poesía modernista o posromántica, que hablan de “una caterva de poemas decadentes, plenos de tintas crepusculares y aristocratismo enfermizo, escritores que se desviven por los afeites y las sonoridades huecas”;¹ críticas que en definitiva feminizan a los epígonos de la sensibilidad literaria modernista, contraponiéndole una producción poética vernacular o criollista.

Años más tarde, frente a voces emergentes de la poesía chilena, este tipo de crítica se repite. El propio Mariano Latorre, en 1924, refiriéndose a Huidobro y Neruda, fustiga la nueva poesía señalando que “se echa de menos la poesía varonil, con raíces en la vida, de la generación anterior” (se refiere a Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva y Daniel de la Vega). Latorre divide a la literatura chilena de la época en dos tipos de escritores: en escritores *vasijas* (que imitan a autores foráneos) y escritores *vertientes* (que generan obras desde sí mismos), feminizando así a los primeros, a los modernistas y europeizantes, y masculinizando a los criollistas.

Este tipo de valoraciones, a juzgar por un ránking de poetas efectuado en 1918 por la revista *Zig-zag*, era ampliamente compartido: el ránking colocaba en primer lugar con 396 preferencias a Daniel de la Vega, en segundo lugar con 169 a Víctor Domingo Silva, en tercero con 78 a Pedro Antonio González, en cuarto con 54 preferencias a Ricardo Corbalán, en quinto a Gabriela Mistral con 52, y luego a Carlos Prendez con 34, a Jorge Hubner con 29, a Pedro Sienna con 24 y más abajo a Vicente Huidobro.

Hay testimonios de los propios poetas que confirman la vigencia de un esquema de valoración polar en torno a lo femenino y lo masculino. Pablo de Rokha, por ejemplo, en su autobiografía, recordando su alejamiento del registro modernista y el despertar, entre 1913 y 1914, de su voz poética, masculiniza esta iniciación, percibiendo su propia voz como “un animal potente”, como el “toro y el potro”, como “el macho que está alerta”. En cambio, del Huidobro de esa misma época, que había sido su amigo en sus comienzos modernistas, dice que “escribe por lujo ocioso de rico [...] que extrae sus poemas de su biblioteca, de Verlaine, Baudelaire, Apollinaire y Rimbaud [...] esta gente [...], dice Rokha,

¹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Memoria sobre la producción intelectual en Chile*, Santiago, 1909.

[...] está podrida, están marcados y degenerados, son unos cobardes y afeminados que escarban con el hocico la pesebrera literaria de Europa”.

Podría pensarse que estos juicios no tienen nada de extraño, puesto que a fin de cuentas atribuyen como valor positivo “rasgos varoniles” a una poética o a una producción literaria producida, biológicamente hablando, por “varones”.

Sin embargo, en la época, también abundan textos que neutralizan esta observación. Julio Molina en *Selva lírica*, la importante antología poética de 1917, dice de Gabriela Mistral, literalmente, que lo que la ha consagrado es “su estilo varonil”. Ricardo Sánchez, en 1921, elogiando unas conferencias sobre literatura española pronunciadas en 1907 por Amanda Labarca y publicadas luego como libro, dice que éstas exhiben “un extraordinario coraje [y] un estudio robustecido en la meditación”. Refiriéndose luego a la obra *Actividades femeninas* de Amanda Labarca, la ensalza señalando, paradójicamente, que en ella “hay ensayos sociológicos que revelan un talento verdaderamente varonil”.

Incluso en ámbitos ajenos a lo literario, se encuentran referencias semánticas similares. Por ejemplo, en el periódico *El Eco de la Liga de las Damas Chilenas*, 1912, a propósito de las Fiestas Patrias la presidente de esta liga de damas conservadoras pronuncia un discurso en que con fervor llama a sus asociadas a combatir las malas costumbres y la inmoralidad con —y cito textualmente— “los corazones llenos de temple viril”.

Queda claro, entonces, que “lo varonil” no corresponde a una categoría biológica, ni se agota en el rol sexual, y que su significación atrae componentes psicológicos y sociológicos vinculados a determinada actitud vital e intelectual, actitud que puede ser asumida por miembros de uno u otro sexo. ¿Pero en qué consiste, cabe preguntarnos, esta actitud en el plano intelectual? Armando Donoso refiriéndose en 1922 a Alejandro Venegas, el autor de *Sinceridad. Chile íntimo* (1910), afirma que “su talento es de una vigorosa masculinidad”. Luego Donoso explica lo que entiende por tal. Se trata, dice, de “la palabra clara y precisa [de] el amor a la verdad, [de] la conciencia cívica responsable”, y sobre todo de “la capacidad de ver lo que hay tras las apariencias, tras los afeites y cosméticos”.²

5 En numerosos ensayos sociales y artículos periodísticos de la época se productiviza desde la perspectiva de la identidad de género el tema de la “apariencia y los afeites”, convocando así significaciones de índole sociológica, antropológica, histórica y política. Eduardo Poirier, en un libro de conmemoración del Centenario, en el acápite de “raza chilena” habla de una “raza esforzada y emprendedora... fusión de la europea con araucanos, [de una raza] que por su carácter tiene horror —dice— al amaneramiento, al disimulo y al detalle”.

Joaquín Edwards Bello, en sus crónicas del Centenario, refiriéndose al centro de Santiago, dice que éste revela, mejor que cualquier texto histórico o sociológico, la índole femenina de la sociedad [tradicional] chilena. La gente —dice— sale al centro para “s’afficher”, para exhibirse, para demostrar que existe, para pasar lista y para comprobar que “no le han bajado los bonos personales”. En varias obras literarias de la época la oligarquía citadina y la belle époque criolla aparecen feminizadas desde esta misma perspectiva, en cambio a las capas medias y populares se las masculiniza.

² Armando Donoso, Prólogo a Alejandro Venegas, *Por propias y extrañas tierras*, Santiago, 1922.

En la larga polémica sobre la legalización de la lotería y juegos de azar que se da en los periódicos de entonces, se vincula la obtención de beneficios sin trabajo o la especulación en la bolsa a lo femenino y a una ética propia de la raza latina, mientras el esfuerzo y el sentido pragmático son vinculados a una actitud masculina y a una ética calvinista anglosajona.

F. A. Encina en *Nuestra inferioridad económica* (1911), criticando la educación liberal, afrancesada y libresca y el exceso de abogados, habla de una "formación de señoritos", educación a la que contraponen una formación pragmática e industrial, que fomente el espíritu de empresa. Frente al ocio y al espíritu imitativo, propios de la raza latina y de la oligarquía, que Encina feminiza al decir "señoritos", el historiador postula como alternativa una educación técnica, con criterio nacionalista y práctico, de acuerdo con el modelo anglosajón.

Encina sigue, sobre todo en su crítica a la "raza latina", al Dr. Nicolás Palacios y su libro *Raza chilena* (1904). Palacios percibe los males de Chile como un producto de la inmigración europea y de la preeminencia de una oligarquía afrancesada, factores que habrían contribuido a que la antigua raza patriarcal (de prole gótico-rotésca) estuviera por esos años perdiendo su identidad y transformándose en una raza de psicología matriarcal.

Habla explícitamente de un "fenómeno de feminización de la sociedad chilena", y da ejemplos de lo que llama "síntomas de esta decadencia": "la filantropía, el pacifismo, los juegos de azar y la protección excesiva del estado forman —según Nicolás Palacios— parte del sentimentalismo de la raza latina, [de esa] alma femenina [que se caracteriza] por su protección al débil, al chico y al incapaz". Además, "ha aparecido —dice— en la literatura nacional, una profusión de poetas [...] de la especie cultivada por la poetisa Safo, poesía —dice— en que prima el deseo de abatirse, de humillarse, de sacrificarse por la persona amada". "Son —agrega— vates matriarcales de la peor especie."

6 ¿Por qué ni Amanda Labarca, ni Matilde Brandau, ni Iris Echeverría, ni las feministas que visitaron el país como Belén de Sárraga, por qué —preguntamos— ninguna de ellas se hizo cargo de esta índole de alusiones? ¿Es que no se sentían acaso tocadas? ¿Cómo explicar, además, esta constante tematización peyorativa de lo femenino en un período en que desde el punto de vista histórico la mujer alcanzó avances en la educación, en el trabajo y en los ámbitos profesional e intelectual?³

En la operación semántica de masculinización de la nación y de feminización de lo que se rechaza, sin duda están internalizadas algunas ideas de época. *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, miembro del Círculo de Viena, tuvo una temprana y amplia difusión en América Latina. Se trata de un estudio de caracterología que desliga o desustancializa lo masculino y lo femenino de la biología, transformando ambos polos en referentes psicológicos, de acuerdo con lo cual en todas las personas y razas habría componentes de uno u otro género mezclados en distintas proporciones.

En Chile, Valentín Brandau, hermano de Matilde, publicó en 1908 el libro *Caracte-*

³ Felicitas Klimpel, *La mujer chilena*, Santiago, 1962.

res de la mujer, en que cita a Darwin, Spencer, Lombroso, Max Nordau y Moebius, para avalar la inferioridad biológica y psicológica femenina. “La mujer –dice Brandau– carece de YO, reproduce la visión que el hombre tiene de ella [...] por esta razón son incapaces de elevarse por encima de la rutina y de pensar de un modo original.”

Aunque es probable que estas ideas tuvieran un cierto correlato en el imaginario colectivo de la época, la invención intelectual y simbólica de la nación que hemos detectado en ningún caso se sustenta en ellas. Nuestra hipótesis es que la tematización peyorativa de lo femenino si bien conjuga, oblicuamente, elementos del paradigma biologista, organicista y darwinista, se desliga de ellos en la medida en que va perfilando un referente y una trama simbólica muy distintos a la mujer real. Estamos por lo tanto ante un uso más bien alegórico de las identidades de género. De allí la paradoja de que algunas mujeres feministas hayan utilizado este tipo de alusiones.

En síntesis, entonces, en la elaboración simbólica que entre 1900 y 1920 constituye una nueva imagen de nación, lo femenino corresponde a lo foráneo, a la oligarquía afrancesada, al ocio y la especulación, a la raza latina, a los inmigrantes, al modernismo y las poéticas cosmopolitas, al parlamentarismo ineficiente, a la belle époque criolla, a los juegos de azar y a los políticos pusilánimes (recordemos que en esos años un presidente de Chile declaró que existían sólo dos tipos de problemas: “los que no tenían solución y los que se resolvían por sí solos”). Lo masculino en cambio corresponde a la industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen presidencial, a las figuras de Prat y Portales, a la raza gótico araucana, a la ciencia, a una literatura que no fuese escapista, que se hiciera cargo de la realidad y desnudara las apariencias, que rescatara lo propio y las tradiciones vernáculas.

Este campo semántico se empezó a sedimentar sobre todo a partir de la Guerra del Pacífico y la modernización de fin de siglo.⁴ Se constituyó como parte del imaginario colectivo –como lo muestra su profusa presencia– en el período del parlamentarismo, en el contexto de una integración del país a la economía mundial, bajo el predominio de una oligarquía que podía exclamar, como los Luises de Francia, “el Estado soy yo”. También en el contexto de una acelerada modernización, modernización que se hace a expensas de la sociedad tradicional y que provoca la nostalgia culturalista por lo propio. Modernidad marcada además por la emergencia y visibilidad de nuevos sectores sociales (artesanos, obreros, estudiantes y capas medias) que configuran un nuevo escenario político, cuya integración reclama –para la nueva comunidad– una imagen distinta de nación.

La masculinización de la identidad de la nación hay que vincularla también a un campo metafórico que personalizó al país, concibiendo su desenvolvimiento en términos de desarrollo etario. En efecto, a fin de siglo, y sobre todo en 1910, en ocasión de la celebración del centenario, fue frecuente la imagen del país como un niño que ya había cumplido un ciclo (el siglo XIX), y que por ende debía pasar de la adolescencia a la madurez. La adolescencia es precisamente la edad de la vida en que afloran conflictos y ambigüedades en la identidad, y por lo tanto es la etapa de la crisis, en que se puede influir en uno u otro curso.

La imagen de nación a punto de ser adulta y masculinizada conlleva, entonces, un

⁴ Véase B. Subercaseaux, *Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, op. cit.

proyecto y una vocación por transformar al país. Se trata de un traslado semántico que se adelanta a lo que va a suceder en el campo político, con la elección de Arturo Alessandri Palma en 1920, año que marca el quiebre (y para algunos la clausura) de la sociedad oligárquica y tradicional. □